

La vida de los otros

Florian Henckel von Donnersmarck. 2006. 137 min. Color. v.o.s.e.



FICHA TÉCNICA

Título original: *Das Leben der Anderen*.

Título español: *La vida de los otros*.

Nacionalidad: Alemania. **Año de producción:** 2006.

Dirección: Florian Henckel von Donnersmarck.

Guión: Florian Henckel von Donnersmarck.

Producción: Wiedemann & Berg Filmproduktion, Creado Film, Bayerischer Rundfunk.

Productor: Quirin Berg, Max Wiedemann.

Fotografía: Hagen Bogdanski.

Montaje: Patricia Rommel.

Música: Gabriel Yared, Stéphane Moucha.

Director artístico: Silke Buhr.

Intérpretes: Martina Gedeck, Ulrich Mühe, Sebastián Koch, Ulrich Tukur, Thomas Thieme, Hans-Uwe Bauer, Volkmar Kleinert, Matthias Brenner, Ludwig Blochberger.

Duración: 137 min. **Versión:** v.o.s.e. Color.

SINOPSIS

República Democrática Alemana, año 1984. El capitán Gerd Wiesler, un hombre solitario, es un competente oficial del servicio de inteligencia y espionaje de la Stasi, la todopoderosa policía secreta del régimen comunista de la RDA. Sin embargo, cuando le encomiendan que espíe a la pareja formada por un prestigioso escritor y una popular actriz, no puede ni siquiera imaginar hasta qué punto esa misión va a influir en su concepción de la vida y del mundo.

COMENTARIO

La amargura del espía

Se ha convenido atribuir a los buenos autores alemanes la cualidad del rigor (no confundir con solemnidad y rigidez) y la ópera prima de Donnersmarck tiene esa cualidad en todos los aspectos.

Es un drama meditado y cuidado hasta el último detalle que se sigue con interés creciente gracias a la hondura de los sentimientos de los protagonistas, la gravedad del conflicto y la incertidumbre sobre el desarrollo de cada situación y tiene la larga duración, nunca pesada, exigida por la complejidad de un argumento en apariencia sencillo. (...)

(...) Aunque las circunstancias históricas tienen un peso importante en la parte final, se trasciende el caso de la República Democrática Alemana (idéntico argumento se podría desarrollar en cualquier dictadura) al mostrarse la perversidad del totalitarismo con un drama que se centra estrictamente en los personajes sin cuestionarse la ideología con la que se sustenta ese Estado, el comunismo (en ese aspecto este drama guarda cierta semejanza con la comedia, también rigurosa, *Good Bye Lenin*).

Paradójicamente, el triste espía de *La vida de los otros* es el único que tiene en principio fuertes motivaciones ideológicas, mientras que quienes le encomiendan la misión y quienes la sufren tienen intereses más inmediatos, desde el deseo sexual a las ambiciones profesionales pasando por los profundamente afectivos. Obviamente, las interpretaciones resultan decisivas y todos los actores están a gran altura. Narración clásica, con convincente reconstrucción de la época, se basa en el suspense (¿qué hará el dramaturgo? ¿qué hará el espía? ¿qué hará el jefe del espía?) para retratar a un personaje patético. Proponer como protagonista, como personaje con el que debería identificarse el espectador, a un agente de la Seguridad del Estado, de oficio odioso y personalidad opaca, era una apuesta muy arriesgada y ganada a fuerza de verismo del drama, de los personajes y de la lógica del drama del callado represor y admirador de la diva. Todas las piezas encajan en lo que es una complicada intriga de espionaje y un drama de conflictos emocionales.

La conclusión es que la debilidad constituye el más eficaz antídoto contra el fanatismo: la debilidad del espía, la del escritor o la de la actriz les engrandece y contribuye, de muy distintas maneras, a ir deteriorando el monolítico Estado que finalmente cae casi por su propio peso, sin que los encargados de mantenerlo se sientan con fuerzas para hacerlo.

A esa conclusión se llega sin ninguna declaración doctrinal o proclama melodramática, con una narración clara y muy elocuente incluso en aspectos que pueden parecer poco relevantes, como son la depen-



dencia de la mujer a medicamentos prohibidos, la meticulosidad didáctica en la descripción de las técnicas de interrogatorio de la Stasi, las escenas de la solitaria vida del policía en su casa inhóspita o el cambio en la representación de la obra del dramaturgo: en 1984, el espía asiste a una función que se atiene a las reglas del realismo socialista, con obreras en una fábrica, y años después ese mismo texto se escenifica con un decorado y un vestuario casi abstractos para no interferir en la intensidad de la tragedia.

Extracto de la crítica de Francisco Marinero, *El Mundo.es* Metrópoli, 22/2/2007

Cuestiones de ideología

¿Qué hacer ante una película como *La vida de los otros*? ¿Qué actitud crítica se puede tomar ante un artilugio como éste? Está claro que se trata de un producto con un objetivo muy concreto: dar a conocer la vida en la República Democrática Alemana poco antes de la caída del muro y, por supuesto, denunciar la situación existente en aquel momento, un tema no muy frecuentado por el cine alemán en estos últimos años. Pero igualmente todo eso se produce desde un lenguaje cinematográfico específico, muy asequible, de una aparente sobriedad pero a la vez desde una retórica por completo convencional. Por un lado, pues, el testimonio. Por otro, el género, que debe situarse en la tradición -muy hollywoodiense, por otra parte- del personaje que-toma-conciencia-de-un-contexto-injusto-y-se-rebela-contra-él, una línea argumental que desde *Tener y no tener*, de Howard Hawks, hasta *Buenas noches, y buena suerte*, de George Clooney (...) El primer inconveniente que presenta *La vida de los otros*, en este sentido, es su vocación de originalidad, sobre todo cuando su envite consiste simplemente en disfrazar el puro cine de género de cine comprometido: en

ese personaje esquivo, silencioso, tímido, adicto a su trabajo de agente represor de la Stasi (...) que finalmente se enfrenta a las circunstancias, pueden encontrarse ecos de algunos antihéroes del cine americano de los años sesenta y setenta como por ejemplo el Gene Hackman de *La conversación*, de Francis Ford Coppola, película con la que *La vida de los otros* tiene -o querría tener- más de un punto de contacto.

Pero entonces sobreviene la cuestión de la ideología. En el cine americano el discurso se suscita siempre en la caracterización del personaje, en la descripción de su curva evolutiva. En esta película, en cambio, todo eso pierde fuerza ante la obligación de retratar, ante todo, un tiempo y un lugar, lo cual convierte a las figuras en simples marionetas de un paisaje hipertrofiado. Y es ahí donde *La vida de los otros* reclama un tratamiento más distanciado que su director no está dispuesto a darle, de manera que el choque entre historia y denuncia, o entre historia (con minúscula) e Historia (con mayúscula), resulta demasiado estridente, como el de los trenes de mercancías, lo cual resta fluidez a la narración y efectividad al retablo moral. *La vida de los otros* es una película contra el fascismo cotidiano que no resulta creíble: el agente cambia de postura política gracias a un libro y a una sinfonía, mientras que los dirigentes comunistas son retratados en clave de caricatura, igual que los nazis o los soviéticos en las películas de Hollywood hace unas décadas. De esta manera, el anticomunismo se convierte paulatinamente en antifascismo y viceversa, un mejunje muy del gusto de nuestros tiempos: hay que denunciar la tiranía venga de donde venga, pues lo que cuenta es la libertad individual, no la ideología.

Y, sin embargo *La vida de los otros* es una película cargada de ideología. (...) El hecho



de que esta película responda a un modelo plano de representación, a una especie de grado cero del cine europeo contemporáneo, tiene que ver con una operación simultánea: el estilo desaparece, se diluye, se homogeneiza, para dejar paso a una cierta idea del cine, es decir, de lo que debe ser un determinado cine. *La vida de los otros* es la representación perfecta de ese cine europeo que quiere el poder, el mismo que intenta crear una Europa también homogénea por encima de conflictos y clases sociales. En esta película, la unión contra el totalitarismo debe bastar para mantener unida a una audiencia que, a su vez, representa un estilo de vida paralelo al estilo filmico. Y su consagración significa la marginación de otras alternativas en todos los niveles posibles: desde el gusto del público hasta la política de exhibición, pasando por una cierta crítica anestesiada.

En fin, hay un detalle definitivamente sintomático en *La vida de los otros*. Mientras los protagonistas son los seres más o menos anónimos que sufrieron los rigores de la Stasi, en uno u otro bando, los secundarios se reparten entre demócratas radicales y comunistas irreidentes. Pues bien, lo más interesante quizá se encuentre en lo que la película no dice, en aquello que oculta, igual que la Europa del siglo XXI sigue escondiendo en sus intersticios la misma injusticia de antes bajo otras máscaras. Al final, tras la elipsis, la nueva Alemania reunificada ostenta como símbolos al artista resucitado y al agente redimido. Pero ¿dónde quedan esos burócratas del partido, esos tipos grotescos que han urdido la trama desde la sombra? Quizá reubicados en las nuevas esferas del poder que han hecho posible una película como ésta. Lo dicho: pura ideología.

Extracto de la crítica de Carlos Losilla en *Dirigido* por nº 365, marzo 2007

